



Durban: Avance lento, pero inexorable...

Cristina Narbona analiza los resultados de la Cumbre del Clima celebrada en Durban, y la situación actual de la lucha contra el cambio climático.

La Cumbre del Clima celebrada en Durban ha finalizado con un acuerdo -sin duda insuficiente- que refleja el lentísimo, pero inexorable avance de la humanidad hacia el reconocimiento de la gravedad del problema así como la necesidad de la implicación de todos los países frente a los riesgos del cambio climático.

Hace pocos años, solo la mayoría de los países desarrollados - los firmantes del Protocolo de Kyoto, con la clamorosa ausencia de Estados Unidos - aceptaban la necesidad de compromisos vinculantes de reducción de las emisiones de gases de efecto invernadero (GEI), asumiendo así la opinión prácticamente unánime de la comunidad científica sobre las causas y las consecuencias del calentamiento global.

Conviene destacar que la Unión Europea, en su conjunto, está cumpliendo sobradamente con su propio compromiso de reducción de GEI en el periodo 2008-2012 -un 8% respecto del nivel de 1990, superior al objetivo de reducción del 5% acordado en Kyoto-.

Sin duda, estos resultados validan su liderazgo -que ha resultado determinante en la cumbre de Durban- gracias a un extraordinario esfuerzo normativo y tecnológico en favor de las energías renovables, junto con el ahorro y la eficiencia energética como alternativa viable al modelo energético basado en los combustibles fósiles. Es cierto que desde la firma del protocolo de Kyoto (1997) hasta hoy, el peso relativo de las emisiones de GEI de la UE ha descendido hasta situarse en un escaso 12% del total mundial, a causa del rápido incremento de la contribución de los grandes países emergentes; las emisiones globales- a pesar del empeño europeo- son ya superiores en un 50% al nivel de 1990. Pero ello no resta importancia a la experiencia europea como área pionera en materia de lucha contra el cambio climático, y como agente activo en la negociación internacional.





Sobre todo porque la UE no se ha limitado a incidir sobre la evolución de sus propias emisiones de GEI, al impulsar instrumentos para favorecer la mitigación y adaptación al cambio climático también en los países en desarrollo: de ahí la creciente alianza entre estos y la UE, frente a las posiciones menos comprometidas de Estados Unidos y China, responsables ya de casi el 50% de las emisiones totales.

De hecho, en Durban hemos asistido a un órdago de la Unión Europea, anunciando que no aceptaría la prórroga del protocolo de Kyoto más allá de 2012, a menos que hubiera un compromiso por parte del resto de los países para sumarse a un acuerdo vinculante a más tardar en 2015...Y si finalmente ha triunfado la postura europea - aunque el lenguaje del texto final es menos nítido de lo deseable - es, en primer lugar, por razones económicas estratégicas.

El cambio de modelo energético es urgente incluso en ausencia del calentamiento global asociado al mismo. Así viene alertando la Agencia Internacional de la Energía, a causa del progresivo agotamiento y correspondiente encarecimiento de los combustibles fósiles. Incluso algunos países productores de petróleo han comenzado ya a desarrollar las energías renovables como garantía de su propio futuro, algo que se escenificará el próximo año, cuando la Cumbre del Clima se celebre en Qatar.

Pero, sobre todo, un acuerdo internacional sobre cambio climático favorece el desarrollo de los países más vulnerables ante el calentamiento global, los que ya sufren los fenómenos meteorológicos más adversos - sequías prolongadas, huracanes, inundaciones, pérdidas masivas de cosechas...- La velocidad y la intensidad de dichos efectos del cambio climático resultan hoy incluso mayores que los pronósticos científicos del último informe del IPCC (2007).

En Durban se ha avanzado, precisamente en la estructura del Fondo Verde que aportará recursos en esta dirección, además de otros aspectos, como el apoyo a las medidas de adaptación y a la transferencia de tecnologías sostenibles, con cargo a aportaciones mayoritariamente procedentes de los países más ricos. Esa exigencia de mayor equidad global, de "justicia climática", constituye un elemento imprescindible para avanzar en la negociación internacional.

China es ya el principal país emisor en términos absolutos y sus emisiones per cápita se acercan rápidamente a la media europea, pero vale la pena señalar que China dispone ya, en palabras de Nicholas Stern, de uno de los planes nacionales más ambiciosos y creíbles para fomentar las energías renovables y el ahorro y la eficiencia energética- A pesar de sus reticencias de someterse a exigencias de reducción dictadas desde instancias internacionales, China participa activamente en todas las instancias en las que





se trabaja por afinar los mecanismos de evaluación y verificación de las emisiones de GEI y de las medidas para su mitigación. Las tecnologías de "carbón limpio", y en particular, la consideración en Durban- no exenta de polémica- de las tecnologías de captura y secuestro de CO2 como posibles beneficiarias de ayudas internacionales, supone también un estímulo para China, a causa de sus ingentes reservas de carbón y su creciente necesidad de combatir la contaminación derivada de su uso.

¿Y Estados Unidos? A corto plazo no cabe esperar, es obvio, los cambios normativos prometidos por Obama, prisionero, en esto como en otros ámbitos de su mandato, por la actitud incluso negacionista del partido republicano. Sin embargo, hay crecientes intereses empresariales en juego: hoy Estados Unidos se disputa con China el primer puesto en el ranking mundial de inversión en energías renovables; y, además, el mantenimiento de compromisos de reducción de emisiones más allá de Kyoto por parte de la UE, Noruega, Suecia, Suiza, Nueva Zelanda y Australia supone la existencia de un amplio mercado para dichas tecnologías.

La renuncia de Canadá a honrar sus compromisos como país firmante en su día del Protocolo de Kioto es, sin duda, una mala noticia para el clima y por tanto para la humanidad...Es más que probable que el gobierno canadiense esté dispuesto a propiciar un volumen de inversión en la explotación sus nuevos yacimientos de hidrocarburos- facilitada por la retirada de los hielos, es decir por el propio cambio climático -incluso superior a las multas que le correspondería pagar si se mantuviera dentro del Protocolo de Kioto...Y, sin duda, su decisión puede comportar un peligroso efecto demostración. Por eso resulta especialmente relevante acentuar la presión de la opinión pública hacia todos los gobiernos, para desenmascarar, de una vez por todas, la idea errónea de que la lucha contra el cambio climático supone un "coste" inasumible en tiempos de crisis... No solo el coste de la inacción sería muy superior al de las medidas a adoptar, como indican, entre otros, los informes de la OCDE; es que basta comparar las cuantías que se están empleando para parchear la crisis financiera internacional para comprender lo injustificado de un enfoque que no reconoce al cambio climático como una consecuencia más del errado paradigma que nos ha traído hasta aquí, y lo oportuno de salir de la crisis con una nueva orientación de la economía, en la que se valoren adecuadamente los riesgos financieros, sociales y ambientales para contribuir a un progreso equitativo y duradero.

En particular, España debería aprovechar los resultados de la Cumbre de Durban para anclarse, con mayor determinación que en los últimos años, en el esfuerzo europeo de potenciación de las energías renovables y del ahorro y la eficiencia energética. Más allá del significado ético de este compromiso, en España resulta imprescindible avanzar lo antes posible hacia un modelo económico bien diferente del que





ARTÍCULO DE ANÁLISIS Y OPINIÓN

14 de diciembre de 2011

Cristina Narbona

Patrona de la
Fundación IDEAS



ha propiciado, desde mediados de los noventa, la devastadora burbuja inmobiliaria. Y para ello, la lucha contra el cambio climático constituye una verdadera palanca, que el nuevo Gobierno debería identificar sin demora. Y no solo eso: los resultados de la Cumbre de Durban exigen liderazgos políticos mucho más comprometidos, ya que el cambio climático avanza a mucha mayor rapidez que la arquitectura internacional necesaria para combatirlo. España debería asumir este empeño como una de sus señas de identidad en su política exterior, demostrando su capacidad de jugar un papel activo en la eliminación de la pobreza y de las desigualdades en el mundo mediante una apuesta nítida por un desarrollo más sostenible dentro y fuera de nuestras fronteras.

